

El Mundo de Mañana

Marzo y abril del 2009

www.mundomanana.org

El Oriente Medio en profecía





El conocimiento absolutamente esencial

Un mensaje personal del director general, Roderick C. Meredith

¿Qué es realmente lo más importante de todo? La mayoría de las personas no parecen saberlo. Sencillamente, ¡no lo captan!

La mayor parte de la gente emplea muchísimo tiempo y dinero en estudiar y aprender a ganar más dinero, a mejorar la salud, a *progresar*. Parecen no darse cuenta de que estamos cerca del final de 6.000 años de experiencia humana; de que estamos cerca del **final** de una era. Ignoran el hecho de que el gran **Dios** de la creación va a intervenir **pronto** para organizar un reino que gobernará al mundo basado en las leyes divinas, eternas, espirituales e inmutables. Esto, desde luego, va a hacer que todo **cambie**.

Ante tal realidad, ¿qué es lo verdaderamente importante?

Jesucristo dijo: “Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33). Si nuestra relación con Dios es la correcta, entonces Él se encargará de que tengamos qué comer y qué vestir. Velará por que se suplan todas nuestras necesidades materiales. Dios es **real**, ¡y pronto va a establecer su Reino en la Tierra con su sede mundial en Jerusalén! La Palabra de Dios nos dice que en los últimos días “vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y cami-

naremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno” (Isaías 2:3).

El conocimiento absolutamente esencial tiene que ver con este futuro gobierno, que se extenderá por todo el mundo. Por eso fue que el propio Jesucristo predicó constantemente este mensaje: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del Reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el **Reino de Dios** se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15).

Si bien nosotros en *El Mundo de Mañana* ayudamos a nuestros lectores a entender el significado de los acontecimientos mundiales y dónde nos hallamos en el cumplimiento de la profecía bíblica, todos debemos comprender que ello es secundario y que lo principal es nuestra preparación espiritual para el Reino de Dios venidero. Luego de describir varios rasgos de carácter que debemos estar desarrollando, el apóstol Pedro escribió por inspiración divina: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque **haciendo estas cosas**, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:10-11).

Sigue en la página 15

El Mundo de Mañana

Director general

Roderick C. Meredith

Director de la obra hispana

Mario Hernández

Director financiero

Raúl Colón

Colaboradores

Daniel Campos

Margarita Cárdenas

Verónica Medrano

Jorge Schauback

Direcciones de El Mundo de Mañana

Argentina

Mitre 2996
8000 Bahía Blanca
Tel. 54 (291) 488 4253

Bolivia

Ave Potosí #1171
Padilla y Uguni 1171
Recoleta, Cochabamba
Tel. 59 (1) 4489291 (293)

Chile

Casilla 31
Independencia, Santiago
Tel. 56 (2) 669 5878

Colombia

Apartado 200274
Medellín, Antioquia
Tel. 57 (4) 230 3523

www.mundomanana.org

Costa Rica

Apartado 234
Santa Ana 2000
Tel. (506) 2282 4646

España

Apartado 3560
35004 Las Palmas,
Gran Canaria
Tel. 34 (92) 829 3340

Estados Unidos

Apartado 3810
Charlotte, NC 28227-8010
Tel. 1 (704) 844 1970

Guatemala

7ª Ave 8-43 Zona 2,
B° El Jardín
Coatepeque,
Quetzaltenango
Tel. (502) 7775 4824

México

Apartado 89
76901 El Pueblito,
Corregidora
Querétaro

Perú

Lote 25 Mz B-3 Coop
Santa Aurelia
Dist. Santa Anita
Lima
Tel. (51) 1 9621 0298

Puerto Rico

Urb. Sabanera 282
Camino Miramontes
Cidra 00739
Tel. (787) 739 5708

Correo: viviente@ice.co.cr

La revista *El Mundo de Mañana* no tiene precio de suscripción. Se distribuye gratuitamente a quien la solicite gracias a los diezmos y ofrendas de los miembros de la Iglesia del Dios Viviente y otras personas que voluntariamente han decidido tomar parte en la proclamación del verdadero evangelio de Cristo a todas las naciones. Salvo indicación contraria, los pasajes bíblicos que se citan en esta publicación han sido tomados de la versión Reina Valera revisión de 1960.



El Oriente Medio en profecía

Por Richard F. Ames

Jerusalén es la ciudad más importante del mundo. Las Sagradas Escrituras muestran que la región circundante, el Oriente Medio, va a estallar en una guerra mundial. ¿Conoce usted lo que la Biblia enseña acerca de los acontecimientos mundiales que van a culminar con los sucesos del tiempo del fin en esa región?

Dadas las incertidumbres y perturbaciones que imperan en el Oriente Medio, ¿será posible conocer el desenlace final de los conflictos en aquella región? *¡Sí, es posible!* La Biblia describe los acontecimientos del tiempo del fin previos al regreso de Jesucristo. Va a venir un milenio de paz y prosperidad bajo el mando directo del Mesías en la Tierra. Como Rey de reyes, Jesucristo gobernará en la Tierra con justicia y rectitud, y todas las naciones del orbe aprenderán un camino nuevo: el camino de vida, el camino de la paz.

En los anales de la historia, y hasta el día de hoy, vemos que el hombre ha acudido a la guerra como árbitro final en sus desacuerdos. Las siguientes palabras del apóstol Pablo encierran un significado profundo para nuestros días: “No conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Romanos 3:17-18).

La historia del Oriente Medio está repleta de guerras y contiendas desde la antigüedad hasta el presente. En la guerra entre Irán e Iraq de 1980 a 1988 murieron más de un millón de personas. Miles sobre miles murieron en la guerra del golfo Pérsico y en la Operación Tormenta del Desierto entre 1990 y 1991. En aquel conflicto cuando las tropas iraquíes prendieron fuego a más de 600 pozos de petróleo en Kuwait,

se levantó una humareda negra que evocaba imágenes del Armagedón. La extensa contaminación fue considerada por algunos como “el peor desastre ambiental jamás provocado por el hombre”.

¿Nos esperan más guerras en el Oriente Medio? Lamentablemente la respuesta es que **sí**. La Biblia revela que el Oriente Medio verá aun más guerras regionales, las cuales culminarán con lo que se ha llamado el Armagedón. Jerusalén será el punto central de este conflicto. Los árabes y los israelíes se han trabado en guerra tras guerra desde que se fundó el estado moderno de Israel. Se ha proclamado la paz muchas veces pero nunca se ha hecho realidad. Actualmente las perspectivas de alcanzar una paz duradera entre las naciones del Oriente Medio son escasas.

Las esperanzas eran grandes en 1993 cuando Israel y la Organización de la Liberación Palestina firmaron un convenio en Washington. Dos años más tarde firmaron un acuerdo interino que abrió la puerta a una mayor autonomía palestina en la ribera Occidental y en la franja de Gaza. En octubre de 1998, el memorando del Río Wye expuso los pasos para aplicar los acuerdos interinos de 1995, fijando como fecha para la resolución final del conflicto palestino-israelí el mes de mayo de 1999. Pero no se logró una resolución. La cumbre de Camp David convocada para julio del 2000 por el entonces presidente de Estados Unidos Bill Clinton, no logró generar un acuerdo

de paz definitivo. Este fracaso recaló la amarga realidad de que tanto los israelíes como los palestinos ven a Jerusalén como su propiedad exclusiva y el uno no admite que el otro ejerza control absoluto sobre esa histórica ciudad.

Jerusalén es sagrada para las tres religiones monoteístas principales: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Los musulmanes y los judíos han chocado desde hace 1.300 años, cuando un mercader árabe llamado Mahoma fundó la religión islámica a unos 1.300 kilómetros al sur de Jerusalén. El monte del Templo es el lugar fundamental para los musulmanes, lo mismo que para los judíos. Donde antes estuvo el templo de Salomón, hoy se levanta el domo de la Roca. Los judíos tienen prohibido adorar en el Monte, por lo cual acuden, para orar, al muro occidental o muro de los Lamentos al pie del monte. Pero guardan siempre el

“sexto sello”. En Mateo 24:29 Jesucristo dijo: “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el Sol se oscurecerá, y la Luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas”.

Es importante que estemos advertidos de estos acontecimientos importantísimos. La gran tribulación será un período de angustia para el mundo. Será un período sin precedentes en la historia universal, tanto que “no hay otro semejante a él” (Jeremías 30:7).

Velar y orar

¿Qué debemos hacer? Jesús responde: “Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de es-

Vienen mil años de paz en la Tierra, entonces el camino de la paz se enseñará a todas las naciones. Finalmente los árabes y los israelíes se reconciliarán.

anhelo de contar con una presencia religiosa en el monte mismo.

En septiembre del 2000, siendo aún jefe de la oposición, Ariel Sharón visitó el monte del Templo, visita que incitó a los palestinos a protestar con una nueva *intifada* de violencia dirigida contra los israelíes. Desde esa visita murieron varios centenares de personas en una serie de choques palestino-israelíes, la mayoría palestinos, pero también israelíes judíos y árabes con nacionalidad israelí. En mayo del 2001, Israel desplegó cazabombarderos contra los palestinos por primera vez desde 1967. Los países árabes respondieron exigiendo la suspensión de relaciones con Israel hasta que cesara la violencia. Las escaramuzas, atentados y venganzas se han sucedido con intensidad desde entonces.

¿Qué ocurrirá en Jerusalén de acuerdo con la profecía bíblica? Las Escrituras son claras: “He aquí, el día del Eterno viene, y en medio de ti serán repartidos tus despojos. Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; y la ciudad será tomada, y serán saqueadas las casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad” (Zacarías 14:1-2).

“Todas las naciones” se van a involucrar en este conflicto durante el período de tiempo conocido como el Día del Señor, y que corresponde al año inmediatamente anterior al regreso de Jesucristo. ¿Qué sucesos proféticos importantes precederán a esta batalla?: “Habrá entonces gran tribulación cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mateo 24:21-22).

En el mundo entero la humanidad presenciara fenómenos dramáticos y aterradores en los cielos. Apocalipsis 6:12-14 habla de estas “señales en los cielos” como el

capar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” (Lucas 21:36).

¿A qué, pues, debemos estar atentos en el Oriente Medio? Estando Jesús en el monte de los Olivos, dio un esbozo de las profecías para el tiempo del fin. Los relatos paralelos aparecen en Lucas 21, Mateo 24 y Marcos 13. Aquí indicaremos la serie de acontecimientos que Jesucristo citó en Mateo. Sus discípulos le preguntaron cuál sería la señal de su venida y del fin del mundo, o sea, de la era presente. Entonces les habló de engaño religioso, de hambres, pestilencias y terremotos. Tales fenómenos corresponden, en secuencia, a los cuatro jinetes del Apocalipsis; quienes intensificarán su ominosa cabalgata hacia finales de esta era. Jesús declaró que “todo esto será principio de dolores” (Mateo 24:8).

Después vendrán la persecución religiosa y el martirio: “Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos” (Mateo 24:9-11).

Pese a todo lo anterior, la verdad seguirá predicándose: “Será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). A medida que Cristo abra las puertas para que el evangelio se difunda con más amplitud y poder, sabremos que el fin se acerca. No se duerma usted ante las condiciones del mundo y las tendencias proféticas, ¡las cuales se van a intensificar delante de nuestros ojos!

En la misma ocasión Jesucristo hizo esta advertencia: “Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes” (Mateo 24:15-16). ¿Qué es la abominación desoladora?

En el año 167 antes de Cristo, el gobernante griego Antíoco Epífanes emitió un decreto que prohibía la continuación de los sacrificios judíos en el templo de Jerusalén. “Se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora” (Daniel 11:31).

Como si fuera poco suspender los sacrificios cotidianos, Antíoco también erigió una estatua de Júpiter Olimpo en el templo y ordenó que todos la adoraran. Esta abominación, que se describe en Daniel 8, es una figura o símbolo de algo que se verá al final de los tiempos: la suspensión de los sacrificios antes del regreso de Cristo: “A partir del momento en que se suspenda el sacrificio diario y se imponga el horrible sacrilegio (la abominación desoladora), transcurrirán mil doscientos noventa días” (Daniel 12:11, NVI). Jesús nos advierte, como cristianos, que estemos

atentos a una abominación desoladora en el tiempo del fin. Así como Antíoco profanó el templo en el año 167 antes de Cristo y suspendió los sacrificios, también una autoridad profana suspenderá los sacrificios en el futuro. El apóstol Pablo advierte sobre un falso profeta que ha de establecerse en el lugar santo: “Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste

el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:3-4).

Un falso profeta va a **efectuar** grandes milagros y engañará a millones. Fomentará el culto de sí mismo y proclamará su propia divinidad. Apocalipsis 13:13-14 muestra que este falso profeta hará milagros, hasta el punto de hacer caer fuego del cielo, ¡y engañará a millones de personas en todo el mundo! *No se deje usted engañar* por tales señales y prodigios. Las Sagradas Escrituras nos exhortan así: “Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Tesalonicenses 5:21).

La potencia político religiosa que va a dominar Jerusalén en el tiempo del fin hará cesar los sacrificios. Recordemos que los judíos no han sacrificado animales desde el año 70 después de Cristo, cuando los romanos destruyeron el templo de Jerusalén. Para que los sacrificios puedan suspenderse en el tiempo del fin, ¡primero tienen que restablecerse! Cuando se vuelvan a presentar sacrificios de animales en Jerusalén, ¡usted sabrá que las profecías dadas por Jesús se acercan a su punto culminante!

Cuando se establezca aquella abominación desoladora profetizada por Jesús, comenzarán a cumplirse tres profecías clave a lo largo de un período de tres años: la gran tribulación, las señales en los cielos y por último, el día del Señor; que durará un año y será la culminación de estos fe-

nómenos. Los últimos tres versículos en el libro de Daniel muestran que han de pasar 1.290 días desde el momento en que surja la abominación desoladora hasta el regreso de Cristo.

El Rey del Norte (que proviene de un lugar al norte de Jerusalén) también se identifica como la “bestia” en la Biblia (Apocalipsis 13:1-10; 17:12-13). Este rey va a invadir la Tierra Santa, según la profecía de Daniel: “Al cabo del tiempo el Rey del Sur contendrá con él; y el Rey del Norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchas naves; y entrará por las tierras, e inundará, y pasará. Entrará a la tierra gloriosa, y muchas provincias caerán; mas estas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón. Extenderá su mano contra las tierras, y no escapará el país de Egipto” (Daniel 11:40-42).



El monte del Templo es el lugar fundamental para los musulmanes, lo mismo que para los judíos. Donde antes estuvo el templo de Salomón, hoy se levanta el domo de la Roca

En el siglo 20, un rey del norte invadió el norte de África durante la Segunda Guerra Mundial. El Rey del Norte profetizado para el tiempo del fin va a reaccionar ante una *provocación* por parte del Rey del Sur. Ya hemos visto guerras por el petróleo en el Oriente Medio. ¿Habrà otro embargo al petróleo árabe como el de 1974? ¿Qué sucederá si el precio del petróleo sigue subiendo? Europa depende

mucho más del petróleo del Oriente Medio que los Estados Unidos, puesto que importa la mitad de su petróleo de los países árabes; en comparación con los Estados Unidos, que importan de esa región aproximadamente el 20 por ciento. Cualquiera que sea el motivo de incitación, el Rey del Norte va a invadir el Oriente Medio.

La versión de la profecía en el monte de los Olivos narrada por Lucas sigue la misma secuencia general que la de Mateo, si bien Lucas agrega un punto importante: Luego de intensificarse la persecución religiosa, dice Jesús: “Si se mantienen firmes, se salvarán. Ahora bien, cuando vean a Jerusalén rodeada de ejércitos, sepan que su desolación ha llegado” (Lucas 21:19-20, NVI).

Una escalada de violencia

¿A qué debe estar atento el cristiano cuando observe las perturbaciones en el Oriente Medio? Debe observar los constantes conflictos entre israelíes y palestinos en la Tierra Santa. Un artículo periodístico describió así el daño causado por la escalada de violencia: “La demarcación psicológica entre judíos israelíes y árabes palestinos se ha convertido en un campo minado... [Muchos creyeron] que el único obstáculo a la reconciliación era la ocupación, que si Israel desmantelaba los asentamientos judíos, se retiraba de los territorios y accedía a la existencia de un Estado palestino, se acabaría el conflicto. Quizás esto aún sea

posible, pero las luchas a partir de 1976 hacen dudosa tal suposición”.

Dadas estas tendencias, estemos atentos a las crecientes solicitudes de intervención y control internacionales, no solamente en Gaza y en la ribera Occidental, sino en la propia ciudad de Jerusalén. Hasta el fallecido dirigente palestino Yasser Arafat propuso en su momento que una fuerza pacificadora de las Naciones Unidas ocupe Gaza y la ribera Occidental.

Observaremos también una creciente unidad entre las naciones árabes en su postura contra Israel. Un salmo profético cita a los pueblos que componen las naciones árabes y musulmanas del Oriente Medio. Esto contará con el respaldo de grupos europeos en su fuerte oposición a Israel: “Han dicho: Venid, y destruyámoslos para que no sean nación, y no haya más memoria del nombre de Israel. Porque se confabulan de corazón a una, contra ti han hecho alianza” (Salmos 83:4-5).

Estemos atentos a la creciente unificación de Europa en lo económico, político y militar. Como vimos en la profecía de Daniel, el Rey del Norte llegará a ocupar la Tierra Santa. Desde hace varios años, la Unión Europea ha consolidado sus ejércitos, la *Fuerza de Reacción Rápida*, de la cual se espera que proyecte el poderío europeo hacia las regiones en crisis. “¿Para qué pasar por la OTAN?”, preguntó un exjefe del Estado Mayor francés, afirmando que la fuerza puede funcionar aun sin el acuerdo de la OTAN, y que “era menester alterar el equilibrio de poder”. ¿Llegará esta fuerza a cumplir un papel importante en el conflicto del Oriente Medio? Estemos atentos al desarrollo de las fuerzas militares europeas.

En Israel, observemos los preparativos de los judíos que se proponen reanudar los sacrificios de animales en Jerusalén. Muchos prevén también la construcción de un templo físico, pero la historia y el libro de Esdras confirman que para la presentación de sacrificios basta un altar en el lugar santo.

Estemos atentos a la consolidación del poder religioso en Europa, el cual lleva ya largo tiempo planificándose. En su visita a Austria en 1983, el papa Juan Pablo II hizo un llamado a la unidad europea, declarando que “los europeos deben superar las confrontaciones internacionales amenazantes entre estados y alianzas y crear una nueva Europa unida desde el Atlántico hasta los Urales” (*The Principality and Power of Europe [el principado y el poder de Europa]*, Adrián Hilton, pág. 36). Desde entonces se han dado grandes pasos para afianzar la unidad de Europa. El actual Papa, de origen alemán, continúa con los mismos lineamientos que su predecesor. La potencia política religiosa que va a surgir en Europa finalmente ejercerá su influencia y control

sobre la Tierra Santa. Hemos visto que el Rey del Norte va a dominar a Jerusalén y al Oriente Medio. El libro del Apocalipsis también prevé un choque entre fuerzas asiáticas y la potencia europea, que corresponde al Rey del Norte (ver Daniel 11:44; Apocalipsis 9:13-19). Aunque parezca increíble, cuando Cristo regrese, aquellos ejércitos se unirán “para guerrear” contra Él (Apocalipsis 19:19). El Dios Todopoderoso también dice: “Reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén” (Zacarías 14:2). “Después saldrá el Eterno y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente...” (vs. 3-4). ¡Jesucristo va a intervenir! Va a poner fin a la Tercera Guerra Mundial y va a darle paz duradera al mundo.

Entre el monte de los Olivos y el monte del Templo se extiende el valle de Josafat, o valle del Cedrón, que va ampliándose hacia el sur. Allí, Dios juzgará a las naciones: “He aquí que en aquellos días, y en aquel tiempo en que haré volver la cautividad de Judá y de Jerusalén, reuniré a todas las naciones, y las haré descender al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas” (Joel 3:1-2).

El día del Señor vendrá con juicio sobre las naciones. ¡Cristo va a derrotar a cuantos ejércitos se le opongan! Y dará origen a un milenio de paz en la Tierra, durante el cual enseñará el camino de la paz a todas las naciones. Veremos entonces, por fin, la reconciliación entre los árabes y los israelíes. “En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiria, y asirios entrarán en Egipto, y egipcios en Asiria; y los egipcios servirán con los asirios al Eterno. En aquel tiempo Israel será tercero con Egipto y con Asiria para bendición en medio de la tierra; porque el Eterno de los ejércitos los bendecirá diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad” (Isaías 19:23-25).

Todos anhelamos la paz mundial y la reconciliación que solamente el Mesías, Jesucristo, puede traer a la Tierra. Mientras tanto, nos dice que velemos y oremos en todo momento. ¡Hagámoslo! ■

Curso bíblico por correspondencia



¿Quisiera usted aprender a entender la Biblia y el camino de vida que Jesucristo les enseñó a sus seguidores? Solicite nuestro Curso bíblico por correspondencia y se lo enviaremos sin ningún costo para usted y sin ningún compromiso posterior.

Puede llamar o escribir a una de las direcciones que se encuentran en la página 2 de esta revista o enviar un correo a: viviente@ice.co.cr

¡Le recordamos que todas nuestras publicaciones se envían sin ningún costo para el lector!



Cómo tener una familia feliz

Por John H. Ogwyn

La familia de Rafael y Laura parecía ideal. Sus amistades en la iglesia los veían como una pareja joven y agradable con cuatro hijos simpáticos. Él, pequeño comerciante, y ella, ama de casa, tenían una bonita casa en un buen barrio. Para sus amigos y allegados esta pareja representaba todo lo que una familia joven podía desear.

Había, sin embargo, un lado sombrío. Buena parte de lo que sus amigos creían saber de ellos era simple apariencia. Aunque la pareja logró guardar las apariencias durante años, con el tiempo la fachada perfecta comenzó a presentar algunas grietas. Rafael era alcohólico y la situación iba de mal en peor. Este era el gran secreto familiar.

Cuanto más bebía Rafael, más se desesperaba su esposa, y los disgustos entre ellos se hacían más frecuentes e intensos. Cuando él finalmente reconoció que tenía un

problema y buscó ayuda, Laura estaba tan vencida por la amargura, el dolor y el resentimiento; que ya no le importaba. En los años siguientes, esta familia “ideal” se desbarató, con resultados trágicos para todos. La vida pasó de ser un sueño a ser una verdadera pesadilla.

El anterior no es un caso aislado. Encuestas realizadas en muchos países demuestran que millones y millones de adultos tienen problemas de consumo excesivo de bebidas alcohólicas. Y el problema no solamente afecta al que bebe sino que repercute, como en el caso de Rafael, sobre la vida de sus allegados; especialmente de los niños que se crían en semejante ambiente.

En la etapa de la niñez, se forman los patrones de conducta que determinarán nuestro comportamiento en la vida. Los conceptos más importantes que tenemos de nosotros mismos y del mundo que nos rodea nacen de las experiencias que adquirimos en el hogar. Millones de adultos se

han criado en hogares de alcohólicos. Otros millones han crecido llevando en sí otras cicatrices de la vida. Las estadísticas de mujeres víctimas de incesto son alarmantes.

Mirando el sufrimiento que nos rodea, debemos reconocer que nadie proviene de un hogar perfecto. Pero millones de personas han crecido en circunstancias que dejaron heridas especialmente dolorosas. Si estas no se atienden y se sanan, entonces los pecados de los padres vienen a recaer sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación (ver Números 14:18).

Con tantas personas que crecieron en el seno de familias perturbadas, cabe preguntar si ellas tienen alguna posibilidad de alcanzar la felicidad. ¿Está usted destinado a repetir los problemas de la familia en la cual se crió? O por el contrario, ¿es posible romper el ciclo y construir una familia sana y unida?

Hay que afrontar el pasado

No es que la gente se proponga ser desdichada, pero sencillamente ¡no sabe qué hacer para producir resultados felices! Muchos jóvenes criados en un ambiente familiar perturbado se proponen que en el futuro no van someter a sus hijos a semejantes traumas. Sin embargo, lo hacen sin desearlo, y el problema se perpetúa. ¿Por qué?

La explicación, en gran parte, se encuentra en las lecciones y estrategias de supervivencia que aprendimos en la niñez. Las heridas, los temores y los resentimientos acumulados en la infancia y la juventud persisten a lo largo de la vida. Y con frecuencia esos sentimientos se trasladan a las nuevas relaciones que forjamos en la edad adulta. El que nunca aprendió en la niñez a confiar en otros, carece de la capacidad, como adulto, de formar una buena relación de intimidad. Sus padres jamás le enseñaron cómo relacionarse con otras personas (Proverbios 22:6).

Aunque nadie puede cambiar su pasado, sí podemos tomar decisiones acerca de nuestro futuro. Si queremos producir un cambio, tenemos primero que contemplar el pasado consinceridad, mirando en el espejo de la ley de Dios (Santiago 1:23-25). Esta ley es la verdad que nos puede hacer realmente libres. Por tanto, antes de pretender seguir adelante, afrontemos la realidad, observemos dónde nos encontramos en la vida y cómo llegamos allí. Al entender la dinámica de nuestro sistema familiar, tendremos una visión más clara de nosotros mismos y de por qué sentimos y pensamos de cierta manera.

Si en los años formativos un niño piensa que, por mucho que se esfuerce, jamás logrará hacer las cosas bien, o

si cree que necesita luchar para merecer el amor, o que es responsable por la felicidad de otros, entonces le será muy difícil desarrollar relaciones sanas y estables en la edad adulta.

Afrontar el pasado no es culpar a los padres de lo que haya sucedido, sino aprender a ser sincero con uno mismo. Si no vemos el problema o si no estamos dispuestos a reconocer que existe, jamás vamos a superarlo. Debemos hacer un inventario de nuestra vida, analizar nuestros sentimientos y las convicciones sobre las cuales se basa. Si queremos que el futuro sea diferente del pasado, es preciso que identifiquemos específicamente aquello que deseamos cambiar. Las buenas intenciones de “cambiar las cosas” no bastan para resolver los problemas. ¿Qué es, concretamente, lo que vamos a hacer? Nadie puede cambiar lo general. ¡Los cambios tienen que hacerse en cosas específicas!

Tampoco es productivo hacer de cuenta que no pasa nada. Creer que todo marcha bien no va a hacer que marche bien. No nos engañemos (Jeremías 17:9; Santiago 1:22). Si miramos el problema de frente, con sinceridad y honradez, podremos verlo tal cual es y entonces sí tomar las decisiones. Este es un primer paso para sanar las heridas que se remontan a la niñez.

Perdonar y olvidar

Hay hechos terribles que dejan huellas profundas. Para quien ha sido víctima de un trato lastimoso e injusto, es sumamente difícil olvidar. Muchas veces nos sentimos justificados en aferrarnos al resentimiento porque la vida ha sido injusta con nosotros. Pero a la larga, el resentimiento acaba por perjudicar a la misma persona que lo conserva.

La Biblia es el mejor libro de psicología del mundo. Su autor es el Creador, el mismo que diseñó el corazón y la mente de los seres humanos. En sus páginas encontramos historias de hombres y mujeres de la vida real, así como las decisiones que tomaron y las consecuencias que estas trajeron.

Uno de los episodios más trágicos relatados en las Sagradas Escrituras es la serie de incidentes que culminaron con la rebelión de Absalón, hijo del rey David. La historia no comenzó con la rebeldía de Absalón, sino unos diez años antes con la violación carnal de Tamar, víctima de Amnón su medio hermano. Después del doloroso incidente, Absalón duró dos años atormentado por sus sentimientos de ira (2 Samuel 13).

Al cabo de ese tiempo, Absalón hizo una reunión en su casa a la cual invitó a todos sus hermanos, entre ellos



a Amnón. Aprovechando que su hermano había salido de Jerusalén, le dio muerte y luego huyó del país.

El rey David quedó desconsolado. Había perdido dos hijos: uno muerto y el otro exiliado. Durante tres años no hubo contacto alguno entre el rey David y Absalón, su hijo ausente. Entonces Joab, quien era sobrino y ayudante muy cercano al Rey, preparó una treta para persuadir a David de que hiciera llamar a Absalón. Lo hizo, y Absalón regresó a Jerusalén, pero aun así el Rey se negó a verle la cara. Tanta era su congoja por lo ocurrido, que no lograba reconciliarse enteramente con su hijo. Transcurrieron varios años más y ahora fue Absalón quien sintió un rencor cada vez mayor hacia su padre.

Por fin, Joab logró romper el alejamiento y el Rey invitó a Absalón a visitarlo (2 Samuel 14:21). Hubo una aparente reconciliación, pero el resentimiento de Absalón se había exacerbado a tal punto que lo llevó a tramar una revolución para apoderarse del trono de su padre. Cuando creyó que el momento había llegado, Absalón atacó. Parecía que tendría éxito, pero al final su ejército cayó derrotado. Antes del choque entre los ejércitos, el rey David había dado instrucciones a sus guerreros en el sentido de no herir a Absalón: “Tratad benignamente por amor de mí al joven Absalón” (2 Samuel 18:5), les dijo. Pero la orden no fue obedecida y Absalón fue muerto. David clamó inconsolable: “¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!” (v. 33).

Este es un relato trágico, de heridas profundas y rencores amargos que los protagonistas no pudieron superar. ¿Eran heridas reales? Sí. ¿Eran comprensibles? Desde luego. Pero el punto es que tuvieron un efecto demolidor sobre quienes se aferraron a ellas.

Jesucristo reiteró la importancia de perdonar, de superar los sentimientos de enfado y resentimiento. A punto de morir crucificado, Él mismo demostró el perdón unilateral. Refi-

riéndose a los soldados encargados de su ejecución, dijo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Una de las decisiones más importantes que puede tomar el que ha padecido una situación dañina y penosa es desprenderse de las heridas y el rencor. No es fácil, pues generalmente consideramos que nuestros resentimientos, a causa del mal que nos fue infligido, tienen justificación. Pero el resentimiento es fuente de muchos males espirituales, y cuando persiste, se convierte en una raíz de donde brota la amargura.

Haga frente a su pasado con sinceridad. Reconozca el daño que usted sufrió y aquello que perdió. Es perfectamente normal sentir pena por lo ocurrido. Pero luego, hay que dejarlo atrás. La decisión de aferrarse a las heridas del pasado o, por el contrario, desligarse de ellas, es decisión suya. Opte por perdonar y seguir adelante en la vida.

La confianza y el respeto

La confianza y el respeto son ingredientes esenciales en una sana relación humana. Las experiencias lastimosas sufridas en un ambiente familiar enfermizo socavan el respeto y reducen la capacidad de confiar en los demás. ¿Por qué son tan esenciales el respeto y la confianza, y qué se puede hacer para recuperarlos?

En una familia donde las relaciones son saludables, generalmente hay buenos hábitos de comunicación. Si cada miembro de la familia conoce los pensamientos, las ideas y las emociones de los demás; entonces se hace posible tratar los problemas en familia y resolverlos. En cambio, cuando hay palabras negativas e hirientes, o si los unos se niegan a escuchar atentamente a los otros, entonces los intentos de comunicación acaban por fracasar. “Desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas (2 Timoteo 2:23). Si no mostramos respeto por los demás miembros de la familia, no van a

sentirse motivados a expresar lo que realmente piensan y sienten. Nadie desea sentirse menospreciado o ridiculizado. Para abrir el corazón, es necesario que la persona sienta confianza en su interlocutor. Una familia disfuncional no es un medio tranquilo ni emocionalmente propicio. En un ambiente así los miembros de la familia no adquieren buenas destrezas de comunicación.

Si usted creció en un medio así, deberá adquirir destrezas nuevas y diferentes para que su familia ahora tenga un ambiente distinto. Para ello, es fundamental crear un clima de respeto y confianza (1 Pedro 2:17; Hebreos 12:14). Para que los demás confíen en nosotros, tenemos que mostrarnos dignos de confianza, cumpliendo lo que nos corresponde



en los diversos aspectos de la vida. En cuanto al respeto, las personas se sienten respetadas si se les presta atención y se les trata con cortesía.

Nuestro cónyuge no va a abrir el corazón mientras no se sienta con la tranquilidad y seguridad para hacerlo. ¿Cómo logramos crear un ambiente de tranquilidad y confianza? Primero, hay que cuidar de que los comentarios hechos en privado jamás se repitan de un modo que moleste a la persona que los hizo (Proverbios 25:9). Cuando nuestro esposo o esposa confiese algún temor o inseguridad, esta confesión jamás debe guardarse como munición para echársela en cara la próxima vez que haya un desacuerdo.

Donde hay seres humanos, inevitablemente habrá roces. Pero si reina en el hogar un clima de respeto y confianza, los desacuerdos podrán resolverse de alguna manera positiva. Dedíquese a crear un ambiente de confianza y tranquilidad, y a mostrar respeto tanto en sus acciones como en sus palabras, aun en los momentos de disensión (Filipenses 2:3). Los resultados se harán sentir con el tiempo. Ninguno de nosotros puede obligar a otro a cambiar, pero sí podemos hacer cambios en nuestra propia vida.

El equilibrio

Se ha dicho que conservar el equilibrio es como balancearse en el filo de una navaja. Todos conocemos la tendencia humana de pasar de un extremo al otro. Pero la suma de los extremos no produce equilibrio. Hay hogares tan rígidos y controlados que ahogan a los miembros de la familia. Otros son tan flojos y permisivos que generan una sensación de caos. Ni lo uno ni lo otro constituye un equilibrio sano. Si uno de los padres es demasiado estricto, un exceso de libertad de parte del otro no produce equilibrio. En cambio, un ambiente de hogar bien estructurado sí permite alcanzar un estado de equilibrio donde cada miembro de la familia puede expresar libremente su propia individualidad.

En las familias desequilibradas, el jefe del hogar, o bien abandona su responsabilidad de guiar, o se va al otro extremo de querer controlar a los demás. ¿Cuál es el liderazgo apropiado? La Iglesia primitiva ofrece un ejemplo interesante de lo que es la vida familiar. Al fin y al cabo, la Iglesia es la "Familia de Dios" (Efesios 2:29).

En Hechos 6:1 leemos que el número de discípulos en Jerusalén se había multiplicado hasta sumar varios miles. Luego surgieron problemas cuando algunos sintieron que no se les estaba brindando la atención debida a los necesitados. ¿Cómo reaccionaron los líderes? Habrían podido reunir a todos y reprenderlos por quejarse. Habrían podido adoptar una actitud defensiva, diciendo que estaban

haciendo todo lo posible y haciendo quedar mal a los quejumbrosos. No hicieron ni lo uno ni lo otro.

Lo que hicieron fue escuchar las quejas. Después de escuchar, reunieron a todos y trazaron los lineamientos de una solución. Luego encomendaron los detalles a quienes estaban más enterados de la situación. En este caso, el problema se resolvió haciendo una lista de individuos que reunían ciertas cualidades citadas por los apóstoles. La solución fue bien acogida y la Iglesia siguió creciendo (v. 7).

Los apóstoles habían evitado caer en los errores que más suelen provocar disgusto contra los líderes. No acallaron a los quejosos enojándose por las noticias poco gratas. No causaron sentimientos de frustración en la Iglesia yéndose al extremo de controlar en detalle cada aspecto de la situación. Tampoco se fueron al otro extremo de no responder ni ejercer liderazgo.

El anterior es un ejemplo claro de cómo funciona el buen liderazgo. Y el buen liderazgo se aplica tanto en el hogar como en la Iglesia y en otros medios. Escuchar, fijar directrices y luego dejar margen para que los demás resuelvan los puntos específicos; estas son claves importantísimas para un liderazgo equilibrado.

Una familia con un mal funcionamiento no es un medio equilibrado. Para constituir una familia sana y funcional hay que establecer el equilibrio. Los hijos deben recibir directrices que señalen el comportamiento aceptable, pero dentro de esos límites hay que permitir que desarrollen sus propios gustos e intereses.

Los miembros de la familia no deben andar desconectados y ajenos a la vida de los otros miembros, pero tampoco deben enredarse en la vida de los demás. Hay que procurar un sano equilibrio en el cual se mantenga la unidad familiar, a la vez que se otorga a cada uno la libertad de resolver sus problemas y actuar como individuo. En Génesis 2:24 el Dios Creador dijo: "Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne". Dios dispuso así que

al casarse los hijos formen una nueva unidad familiar. Claro está que deben seguir amando y respetando a sus padres, y estos amarán siempre a sus hijos manteniéndose siempre profundamente interesados en su bienestar y en el de sus nuevas familias.

Las familias malsanas y disfuncionales se perpetúan, pero no porque sus miembros lo hagan conscientemente. Se perpetúan porque a la gente le falta el conocimiento, la destreza y la voluntad de forjar algo mejor. ¿Cómo puede garantizarse usted que su futuro sea diferente de su pasado?

Primero, debe decidirse por reconocer sinceramente los hechos del pasado, y luego dejarlos atrás. Usted sí puede tomar la decisión de desechar las heridas del pasado y reemplazarlas por el perdón. ¡El perdón es algo que se elige! En vez de dejarse controlar por los temores y la inseguridad acumulados a lo largo de la vida, podemos comenzar a forjar una relación personal y profunda con nuestro Creador.

Cuando decidimos confiar en Dios y dejarnos guiar por Él, en vez de dejarnos dominar por las circunstancias y el temor a los demás, encontramos que se abren ante nosotros nuevos horizontes. Procuremos introducir la confianza y el respeto en todas las relaciones, mostrando respeto por el prójimo y haciéndonos dignos de confianza.

Por último, busquemos el equilibrio aprendiendo a convivir pero sin meternos en líos con los demás. Vivimos en un mundo de relaciones familiares lastimadas y quebrantadas. Pero cualesquiera que sean los antecedentes familiares, confiemos en que es posible constituir una familia sana.

Nuestro Creador ha provisto el libro de instrucciones, la Biblia. Ahora le toca a usted poner en práctica esas instrucciones, con el fin de adquirir conocimientos y destrezas nuevas. Busque ayuda y siga adelante. Quizá sea grande el esfuerzo, ¡pero el resultado valdrá la pena! ■



El yugo de la pobreza:

¿Cuándo se acabará?

Por Douglas S. Winnail

¿Hay soluciones bíblicas para este problema mundial?

Las cifras son alarmantes, y el alcance del sufrimiento humano casi inimaginable para los habitantes de las regiones más prósperas del mundo. Hoy, ya entrando el siglo 21, casi la mitad de los seis mil millones de seres humanos que habitan la Tierra se hallan bajo el aplastante yugo de la miseria. Casi mil millones subsisten con menos de un dólar diario, mientras que otros dos mil millones tienen que sobrevivir con menos de dos dólares (*Documento de trabajo de investigación sobre políticas 3341 del Banco Mundial*, Chen y Ravallion, junio del 2004).

Desde otra perspectiva, las inequidades y disparidades entre el tercio más rico que vive con abundancia (principalmente en el hemisferio Norte) y los dos tercios más pobres que luchan por subsistir (sobre todo en el hemisferio Sur), no solamente son inquietantes sino que se hacen moralmente cada vez más intolerables (*Religion and the Ambiguities of Capitalism [La religión y las ambigüedades del capitalismo]*, Preston, pág. 150). El 20 por ciento

más próspero recibe el 72 por ciento de la ganancia interna bruta, conduce en el 78 por ciento de las carreteras del mundo, consume el 73 por ciento de los productos forestales del planeta y consume la mitad de la energía del mundo (*Global Disorder [Desorden mundial]*, Harvey, pág. 198). Peor aun, esta trágica brecha entre los ricos y los pobres del mundo ¡sigue ampliándose cada año! En 1960, los ingresos del 20 por ciento más rico fueron 30 veces superiores a los del 20 por ciento más pobre. En el decenio de los noventa, el ingreso promedio de aquellos llegó a ser 74 veces superior al de estos (*Earth Summit 2002 [Cumbre de la Tierra 2002]*, Dodds, págs. 135-136). El 20 por ciento más rico desembolsa el 85 por ciento del dinero en el mundo, mientras que el 20 por ciento más pobre representa solo el 1,3 por ciento de los desembolsos totales.

Este impresionante contraste representa mucho más que simples cifras. Las disparidades crecientes en materia de ingresos y oportunidades son una amenaza para la es-

tabilidad del mundo, y un obstáculo enorme para la paz mundial. Hace 25 años ya se advirtió que “la fuerza con mayor potencial explosivo en el mundo de hoy, es el anhelo frustrado de los pobres por alcanzar un nivel de vida decente” (*Rich Christians in an Age of Hunger [Cristianos ricos en una era de hambre]*, Sider, pág. 29). La división norte-sur entre países ricos y pobres ha sido señalada como “una de las divisiones más peligrosas en el mundo de hoy” (*ibídem* pág. 31). Análisis recientes han señalado que “al no suplir las necesidades de los ciudadanos más pobres del mundo... se contribuye a la inestabilidad mundial que toma forma de terrorismo, guerra y enfermedades contagiosas... Un mundo inestable no solamente *perpetúa* la miseria sino que acabará por hacer peligrar la prosperidad disfrutada por las minorías ricas” (*Signos vitales 2003*, Instituto de observación mundial).

El presidente brasileño Luis “Lula” da Silva ha dicho que la pobreza es “la peor arma de destrucción masiva en el mundo”. Robert Harvey,

autor y antiguo parlamentario británico, señaló que “*la pobreza mundial sigue siendo el gran flagelo de la humanidad*” y que la pobreza en el mundo, con “sus cuatro servidoras, a saber: la migración masiva, el hambre, la enfermedad y la deuda [externa]; representa uno de los grandes desafíos a la paz en el mundo de hoy” (Global Disorder, pág. 197). No es coincidencia que las Naciones Unidas hayan señalado la erradicación de la pobreza extrema como la prioridad número uno entre las metas de desarrollo para el milenio (*Estado del mundo 2005*, Instituto de observación mundial, págs. 164-165).

¿Es capaz usted de comprender la enorme gravedad de esta trágica situación? ¿Sabe qué *causa* la pobreza en el mundo? ¿Sabe por qué persiste? O, ¿si hay soluciones reales? ¿Tiene la religión, y especialmente el cristianismo, algo que decir sobre este tema mundial de tanta actualidad? ¿Debería importarle a usted?

Una perspectiva importante

Desde fines del siglo 18, los reformadores sociales se han imaginado un mundo donde la miseria y el sufrimiento humano quedarían eliminados gracias al “progreso científico y económico... [la difusión] del conocimiento, la razón, la libertad y la educación secular gratuita y obligatoria” (An End of Poverty? [*¿El fin de la pobreza?*], Jones, págs. 1, 26, 203). Los pensadores del Siglo de las Luces creyeron que el avance tecnológico unido al imperio de la razón y a una distribución más equitativa de los ingresos pondrían fin no solamente a la pobreza sino al azote de la guerra. Rindieron culto ante el altar de la razón humana, mirando la religión (inclusive la cristiana) con suspicacia y aun hostilidad (Civilization Past & Present [*La civilización pasada y presente*], sexta edición WallBank, pág. 507). El destacado economista Jeffrey Sachs, uno de los principales exponentes de la tradición del Siglo de las Luces, ve la eliminación de la pobreza como el gran desafío de

nuestra era, un desafío en el cual se puede tener éxito, como propone en su libro “The End of Poverty: Economic Possibilities of Our Time” (*El fin de la pobreza: posibilidades económicas de nuestros tiempos*). Sachs, como los filósofos que le precedieron, deja escaso lugar para Dios y la religión en esta magna tarea de acabar con la miseria, sanar al mundo y dar comienzo a una nueva era de paz (págs. 360, 364). Con todo eso, podemos ver que siglos de esfuerzos humanos no han podido resolver los problemas.

A la luz de los hechos históricos, no debería sorprendernos que pocas personas conozcan la valiosa información expuesta en la Biblia para hacer frente al problema de la pobreza mundial. La Biblia revela perspectivas importantes sobre las causas de la pobreza y muestra cómo Dios ve la aflicción de los pobres. Las Sagradas Escrituras también señalan los deberes que Dios exige a quienes disfrutan de una vida más holgada. Más aun, Dios les dio a los escritores de la Biblia ciertos principios concretos para eliminar y *prevenir* la pobreza.

Lamentablemente, la mayoría de las personas *ni siquiera han oído* cómo se va a eliminar el azote de la miseria en un futuro no muy lejano. Muchos *ignoran* por completo que Cristo está preparando a los cristianos para acabar con el flagelo de la pobreza. Es un mensaje extraordinario ¡que está *revelado claramente* en la Biblia! Fue parte de las *buenas noticias* proclamadas por los antiguos profetas. Fue parte del evangelio predicado por Jesucristo. Y es parte del mensaje que la Iglesia de Dios debe proclamar en este tiempo. Es un mensaje de *esperanza* pero a la vez una *advertencia* que el mundo necesita escuchar, ¡y *entender!*

Los rostros de la pobreza

Para erradicar la pobreza es necesario conocer sus raíces y atacarlas con soluciones viables. Podemos definir la pobreza como la *incapacidad para satisfacer las necesidades fundamentales de la vida en la*

sociedad humana. La pobreza es hambre, carencia de techo, vivienda inadecuada, falta de higiene, acceso escaso o nulo al agua potable, falta de atención médica o de recursos para pagarla, desempleo, analfabetismo, ausencia de posibilidades de progreso y falta de acceso a la educación. ¿Cómo es la vida del pobre? Quien lleve una existencia holgada tiene que hacer un gran esfuerzo por comprender. ¿Puede usted imaginar lo que sería mudarse de su casa a un tugurio de una o dos piezas hecho de barro y palos o de trozos de latón corrugado, madera, cartón o plástico recogidos de la calle? Si fuera un poquito menor su penuria, tendría una habitación en algún edificio viejo, hacinado y desbaratado, sin vidrios en las ventanas, sin calefacción, sin agua corriente ni estufa, sin refrigerador, sin ducha ni excusado. Tendría unos pocos muebles, y desde luego, ningún aparato eléctrico como radio, computadora o televisor. Quizá tuviese como posesión un traje viejo y un par de camisas, o tal vez un par de vestidos. Posiblemente tendría solo un par de zapatos. No habría cartero para traerle el correo, ni bomberos, ni ambulancia para casos de emergencia. No habría teléfono para llamar a nadie. Los caminos de su aldea y los callejones que llevarían a su casucha carecen de pavimento y son casi intransitables cuando llueve. La escuela u hospital más cercanos quedan a varios kilómetros, y como usted carece de automóvil y bicicleta, tiene que ir allá a pie; siempre y cuando la salud le permita caminar.

En casa, usted tiene solamente unos pocos comestibles, aunque gasta el 70 por ciento de sus escasos ingresos en alimentar a la familia. Vive enfermo, cansado y con hambre; y ha visto a varios de sus hijos morir de hambre o infecciones que serían fáciles de tratar si tuviera acceso a ciertos medicamentos, los cuales son sencillos y baratos pero aun así están fuera de su alcance.

Usted sufre porque no tiene los medios para dar educación a todos sus hijos. No tiene manera de mejorar su propio nivel educativo y le

falta dinero para emprender algún pequeño negocio que pudiera sacarlo de la pobreza. En su país abunda el dinero, pero lo tienen acaparado los funcionarios de un gobierno irremediabilmente corrupto. Usted y los suyos intentaron mudarse a una ciudad en busca de trabajo, pero allí se encontró con más desempleo, más barrios pobres y hacinados y una espantosa situación de delincuencia y drogas. Ni pensar en ir y venir del trabajo. El costo, el estado de las calles y los medios de transporte esporádicos lo hacen muy difícil. Usted anhela algo mejor para sí mismo y para su familia pero no tiene recursos para irse a otro lugar en busca de una vida mejor. Como resultado, el futuro se presenta sombrío y sin esperanzas. Esta es la vida real, de todos los días, para miles de millones de seres humanos atrapados en el yugo de la miseria.

Las causas fundamentales

Los gobiernos, los filántropos y entidades caritativas se han esforzado desde hace siglos por eliminar la maldición de la pobreza. Pero han tenido muy poco éxito. A pesar de sus intentos, la nación más rica de la Tierra, Estados Unidos, aún cuenta con 35 millones de personas que viven en lo que se considera pobreza. Los programas de asistencia social brindan ayuda pasajera a algunos menesterosos, pero a la vez suelen promover una mentalidad mendicante que enseña a los beneficiarios a esperar que el gobierno supla todas sus necesidades. Los activistas sociales y muchos religiosos denuncian que se gasta más dinero en armas que en atender a los pobres, pero pocos plantean soluciones prácticas más allá de las exhortaciones a “amar al prójimo” y a ser más generosos.

La mayor parte de los esfuerzos humanos por quitar el yugo de la miseria han fracasado porque no llegan a las raíces del problema. La redistribución del ingreso, o sea, quitarles dinero a los ricos y dárselo a los pobres, no va a resolver el problema. Es una estrategia que acen-

túa el estado de dependencia de las mayorías pobres. Además, para perpetuarse, tendrá que seguir quitando más y más a la minoría próspera, y con el correr del tiempo, a personas cada vez menos holgadas; y así seguir dando asistencia a los menesterosos.

Las economías de planificación centralizada tampoco han resuelto el problema, y las grandes regulaciones oficiales encaminadas a distribuir los ingresos tributarios, como se ve en la Unión Europea, han llevado al estancamiento económico. Las economías de libre mercado pueden generar mucha riqueza, pero un mercado libre que no se base en principios morales fuertes simplemente premia a los codiciosos inmisericordes y conduce a un “capitalismo salvaje”, cuyo resultado es acentuar más la brecha entre ricos y pobres (*La religión y las ambigüedades del capitalismo*, Preston, págs. 145-146). La legislación económica que fija salarios mínimos y provee acceso igualitario al empleo, así como subsidios de alquiler para los necesitados, cupones de alimentos para los indigentes y servicios médicos para los enfermos; alivian en parte el padecimiento causado por la indigencia pero tampoco llegan a las causas fundamentales del problema.

La Biblia plantea el asunto de un modo muy diferente, dándoles importancia a las *actitudes básicas* que determinan lo que el hombre hace. Es interesante el siguiente comentario de un profesor de negocios: “Salir de la pobreza... no requiere la formación de un inmenso capital, sino un *cambio de actitud*”.

Las Sagradas Escrituras señalan como una causa de la pobreza la actitud negligente e irresponsable, que carece de iniciativa y no traza planes para el futuro (Proverbios 6:6-11; 21:13; 24:30-34). Otra causa son las decisiones impulsivas e imprudentes (Proverbios 21:5). Pero fundamentalmente, las Escrituras indican que la pobreza se debe en gran parte al *trato injusto y a la opresión* de los pobres por parte de personas ricas, codiciosas y a menudo desalmadas

en el gobierno, los negocios, la religión y otros ámbitos. Los profetas de Dios advierten que la injusticia social, la opresión de los pobres y el llevar una vida de lujos desatendiendo las necesidades de los pobres son cosas que despiertan la ira divina (Jeremías 7:5-7; Amós 4:1-3; 5:11-13; Malaquías 3:5). Muchos olvidan que Dios destruyó la pecadora ciudad de Sodoma no solamente por sus perversiones sexuales (Génesis 19:4-7), sino también por otras razones importantes. Leemos “que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: *soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso*” (Ezequiel 16:49).

Tanto la Biblia como la historia indican que el egoísmo, la inequidad y los actos de opresión económica se extendieron en la antigua Israel cuando los israelitas se olvidaron de Dios y dejaron de lado las leyes e instrucciones que Él había dado a Moisés. Entre esas instrucciones había pautas específicas para proteger a los pobres y necesitados.

Dios le dijo a Moisés: “Cuando prestares dinero... al pobre que está contigo, no te portarás con él como logrero, ni le impondrás usura. Si tomares en prenda el vestido de tu prójimo, a la puesta del Sol se lo devolverás” (Éxodo 22:25-26). También le dijo a Moisés: “Cuando tu hermano empobreciere... tú lo ampararás... No le darás tu dinero a usura, ni tus víveres a ganancia” (Levítico 25:35-37). Y más aún, Dios dijo: “Cuando haya en medio de ti menesteroso... no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre, sino abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás lo que necesite” (Deuteronomio 15:7-8).

Estas instrucciones prohíben explotar a los pobres y a los trabajadores bajo contrato y advierten a los más prósperos que deben tratar con generosidad a los menos afortunados.

Es interesante notar que los teólogos medievales, basados en ideas del filósofo pagano Sócrates, deba-

tieron estos versículos largamente y llegaron a la conclusión errónea de que estaba prohibido cobrar intereses sobre los préstamos. En realidad, el término *usura* se refiere al cobro de *intereses excesivos*. El *Comentario bíblico del expositor* aclara que estos versículos no tenían por objeto prohibir los préstamos comerciales sino cobrar intereses a los *pobres* de modo que la ganancia se obtuviera explotando a los necesitados. Lo anterior tiene implicaciones importantes para el buen funcionamiento de los sistemas económicos.

Las instrucciones bíblicas sobre la protección de los pobres *reflejan el pensar de Dios*. Muchos pasajes de las Escrituras muestran que Dios tiene muy en cuenta a quienes creó a su propia imagen y que les dará su merecido a quienes *opriman, exploten o desatiendan a los pobres*. El rey David escribió: “Excelso sobre todas las naciones es el Eterno... Él levanta del polvo al pobre, y al menesteroso alza del muladar... Juzgará a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos del menesteroso, y aplastará al opresor” (Salmos 113:4-7; 71:1-4). Más tarde su hijo Salomón reiteró la misma advertencia: “No robes al pobre, porque es pobre, ni quebrantes en la puerta al afligido; porque el Eterno juzgará la causa de ellos, y despojará el alma de aquellos que los despojaren” (Proverbios 22:22-23).

Por otra parte, el apóstol Pablo recalcó la importancia de la responsabilidad personal: “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tesalonicenses 3:10).

La Biblia da consejos específicos a los líderes porque los actos de los dirigentes repercuten enormemente en los dirigidos. “El príncipe falto de entendimiento multiplicará la extorsión; mas el que aborrece la avaricia prolongará sus días... Cuando los justos dominan, el pueblo se alegra; mas cuando domina el impío, el pueblo gime... Conoce el justo la causa de los pobres; mas el impío no entiende sabiduría” (Proverbios 28:16; 29:2, 7). Miles de millones de seres humanos viven hoy en el dolor de la indignancia porque sus

líderes no cumplen estas instrucciones tan sencillas, pero a la vez tan profundas, que Dios consignó hace muchos siglos en la Biblia.



Principios eficaces

El estudio del tema de la pobreza desde una perspectiva bíblica revela cosas muy interesantes. Las leyes del Antiguo Testamento, que el cristianismo tradicional ha desechado, *son principios eficaces encaminados a prevenir algunos de los problemas más grandes que hoy aquejan al mundo*; entre ellos la explotación de mano de obra barata, la brecha creciente entre ricos y pobres, los problemas del hambre y el sostenimiento de economías que se tambalean bajo el peso de deudas externas insostenibles contraídas con países ricos.

En su sabiduría, Dios mandó que se guardara el sábado, el séptimo día (Éxodo 16:23-30). El sábado no era solamente el día de adoración, sino *de reposo*, día en que los trabajadores descansarían de las fatigas de ganarse la vida (Éxodo 20:8-11). Bien guardado, el sábado impediría la explotación de los trabajadores contratados. Nadie estaría obligado a laborar siete días a la semana. Hasta los más pobres tendrían un día de descanso. La intención de Dios era que Israel, su nación modelo, *se destacara como ejemplo para*

el mundo siguiendo esta práctica de origen divino y a la vez tan humanitaria (Éxodo 31:12-18).

Dios fijó también un “año sabático” cada siete años (Éxodo 23:10-13). Durante el séptimo año los campos debían quedar sin labrar, con lo cual se observaba un “descanso sabático de la tierra” para reponer el suelo. En ese año los pobres podían comer todo lo que espontáneamente produjeran los campos (Levítico 25:2-7). El séptimo año era considerado un año de libertad porque se *cancelaban todas las deudas* y todos los siervos quedaban libres, con recursos suficientes para comenzar de nuevo en la vida (Deuteronomio 15:1-15). Si hoy se cumpliera este principio, se levantaría el yugo abrumador de la deuda que recae sobre miles de millones de personas en todo el mundo, ¡dándoles una nueva oportunidad en la vida!

Cada 50 años se declaraba un año de jubileo (Levítico 25:8-17). En el año del jubileo todas las tierras que se hubiesen vendido regresaban a sus propietarios originales. Este principio hacía imposible la concentración de la tierra en manos de unos pocos (ver Isaías 5:8). Hoy, al desconocerse este principio, millones y millones de personas viven como campesinos sin tierra a merced de los caprichos de los ricos terratenientes.

El profesor Ronald Sider explicó las razones por las cuales se devolvían las tierras en el año del jubileo: “En una sociedad agrícola, la tierra es capital. La tierra era el medio básico para producir riqueza... al principio [cuando Dios estableció la nación de Israel] la tierra se repartió en partes más o menos iguales entre las tribus y familias (Números 26:52-56). Dios quiso que esta *igualdad fundamental* se prolongara, y de allí su orden de devolver todas las tierras a sus propietarios originales cada 50 años. No se eliminó la propiedad privada, pero *los medios de producción de la riqueza debían volver periódicamente a condiciones de igualdad*”.

Sigue en la página 16

El conocimiento absolutamente esencial

Viene de la página 2

Si alguno de nosotros rehúsa entregarse totalmente a Dios para permitir que Jesucristo viva su vida en él o en ella, por el poder del Espíritu Santo (Gálatas 2:20), entonces esa persona NO estará en el Reino de Dios. ¡El Dios verdadero no va a tolerar que una muchedumbre de rebeldes que quieren hacer su propia voluntad entre en su Reino y su Familia eterna! Debemos, pues, dedicarnos a acrecentar en nosotros la virtud, el conocimiento, el dominio propio, la paciencia, la piedad, el afecto fraternal y el **amor** (2 Pedro 1:5-7). Debemos hacer nuestra parte activamente y entregarnos con celo a Dios para que Él pueda colocar en nosotros su propia naturaleza divina, que es la misma naturaleza de Cristo y del Padre (v. 4).

Si bien resulta interesante y útil entender las complejidades de las profecías sobre los tiempos del **fin** (y en esto ayudaremos a nuestros lectores), es **mucho** más importante desarrollar el **carácter** de Jesucristo ¡para que nos contemos entre “los que estarán” cuando se establezca el Reino de Dios en la Tierra!

En más de 55 años que llevo en la obra de Dios, he conocido a muchos “fanáticos” de la profecía. Son personas que se van a los extremos, dedican la mayor parte si no la totalidad de su tiempo de estudio bíblico, a la profecía. Pasan incontables horas analizando cuadros cronológicos con los cuales pretenden predecir la fecha exacta del regreso de Cristo a la Tierra y otras cosas por el estilo. He notado en algunas publicaciones religiosas, que algunos de estos aspirantes a profeta ¡han **cambiado** por lo menos dos o tres veces las fechas que fijan para el regreso de Cristo! Como bien comentó alguien: “Si siguen fijando fechas nuevas, un día probablemente darán con la correcta por pura casualidad”. Estas personas parecen olvidar que el Hijo de Dios nos dijo específicamente: “De aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el Cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo” (Marcos 13:32-33).

Jesucristo inspiró al apóstol Pablo para que nos dijera: “Si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy” (1 Corintios 13:2). Por tanto, el hecho de entender la profecía, en sí **no** nos ayudará mucho. Quizá nos enteremos de “algún lugar de refugio” pero Dios no nos llevará allá si el Cristo verdadero no está viviendo en nosotros. Quizás entendamos el orden básico de los acontecimientos que preceden a la venida de Jesucris-

to, o quizá con el tiempo nos demos cuenta del año en el que probablemente regrese (¡aunque no el día ni la hora!). Pero decididamente no estaremos en el Reino de Dios si no estamos llenos del Espíritu Santo de Dios, si no permitimos que nos guíe (Romanos 8:14) y si no estamos llenos de su **amor**: El amor de Dios.

El apóstol Pablo nos dice: “La esperanza no avergüenza; porque **el amor de Dios** ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). El apóstol Juan nos explica, bajo inspiración divina, que “este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). Debemos reconocer, pues, que para Dios la “prioridad” **no** es el conocimiento técnico de la Biblia ni de la profecía, si bien estas cosas son importantes. La prioridad para Dios es el desarrollo del **carácter divino** dentro de cada ser que será un futuro hijo suyo.

El fundamento del verdadero carácter divino es el **amor**: honra, obediencia y adoración a Dios y dedicación, interés y bondad hacia el prójimo. Estos son los dos **grandes** mandamientos (Mateo 22:35-40). Luego, estos dos mandamientos se amplían y se explican en mayor detalle en el decálogo, que nos dice cómo amar a Dios y al prójimo. A su vez, el decálogo, o diez mandamientos, se amplían con las enseñanzas de Jesucristo y los apóstoles en el Nuevo Testamento.

En las páginas de esta revista usted encontrará con frecuencia artículos importantes y reveladores que exponen detalles de las profecías bíblicas. Estas profecías bíblicas describen principalmente la serie de hechos que conducirán al regreso de Cristo y al establecimiento del Reino de Dios en la Tierra. Pero aún más importantes son los artículos que explican **cómo** entrar en ese Reino glorioso. Se trata de un conocimiento precioso que ha estado en esencia **perdido** para la cristiandad moderna. La restauración del cristianismo original es algo esencial para nuestra salvación y nuestra vida eterna.

Todo el conocimiento del mundo sobre los detalles proféticos del Reino venidero de Cristo, ¡no bastará para que entremos en este! Por tanto, hagamos caso de las instrucciones de Jesús: busquemos “primeramente el Reino de Dios y su **justicia**”.

Sider prosiguió: “Los impedimentos físicos, la muerte del individuo que mantiene a la familia o la carencia de aptitudes naturales pueden llevar a algunas personas a empobrecerse más que otras. Pero Dios no desea que esas desventajas amplíen la brecha entre ricos y pobres. Por tanto, dio a su pueblo una ley que tendría por efecto *igualar* la tenencia de la tierra cada 50 años... El concepto bíblico del jubileo subraya la importancia de contar con mecanismos y estructuras institucionalizados para *promover la justicia*”.

Además de los principios del sábado y del jubileo, en Levítico 19:9-10 vemos que había leyes sobre la cosecha. No se podían segar los bordes de los campos sino que estos debían dejarse para que los pobres también tuvieran algo que cosechar, pero tenían que hacer algún esfuerzo de su parte en vez de ponerles los alimentos en sus manos. Además, Dios fijó un sistema de diezmos para atender las necesidades espirituales y físicas de su pueblo. El primer diezmo, diez por ciento de los ingresos, era para mantener a los sacerdotes y levitas, quienes eran los dirigentes espirituales, maestros y administradores civiles de la nación. Un segundo diezmo lo retenía el jefe de cada hogar para celebrar las fiestas santas anuales (Deuteronomio 14:23-26). Un tercer diezmo se pagaba en los años tercero y sex-

to de cada ciclo de siete años para mantener a las viudas, los huérfanos y los pobres (Deuteronomio 14:28-29). De esta manera Dios dispuso un sistema organizado para velar por los necesitados. El máximo que pagaría un individuo anualmente por concepto de diezmos sería el 20 por ciento, puesto que el segundo diezmo siempre lo retenía el individuo para usarlo durante los días santos. Comparemos esto con los regímenes de impuestos actuales. Sería un cambio muy grato para quienes pagan sumas mucho mayores a gobiernos despilfarradores.

Un futuro extraordinario

Muchos que se dicen cristianos creen que ya no se aplican los principios bíblicos descritos, cuya finalidad era suplir las necesidades económicas y sociales. Creen que el destino del cristiano es ir volando al Cielo para nunca más tener que preocuparse de mejorar el mundo. ¡Pero la Biblia dice algo bien diferente! Jesucristo habló de un Reino de Dios venidero (Marcos 1:14-15). Cuando Cristo regrese con todos sus santos para gobernar a las naciones, va a instaurar este Reino de mil años *en la Tierra* (Apocalipsis 1:6; 5:10; 11:15-18; Daniel 2:44-45; 7:27).

Cuando Jesucristo declaró que su misión era “dar buenas nuevas a los pobres... sanar a los quebrantados de corazón...pregonar libertad a los cautivos”, estaba citando al profeta Isaías (Lucas 4:18-19; Isaías

61:1-2). A Isaías se le ha llamado el “profeta mesiánico” por sus muchas profecías que hablan en detalle del venidero Reino de Dios. Fue él quien escribió que “acontecerá en lo postrero de los tiempos” que el Mesías volverá y establecerá un gobierno que regirá al mundo desde Jerusalén y empezará a enseñar a todos los pueblos un camino de vida nuevo y diferente: “Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y juzgará entre las naciones” (Isaías 2:2-4).

En aquel entonces, las leyes y los principios descritos en este artículo van a exponerse y explicarse a todos los pueblos del mundo. Los principios bíblicos se convertirán en la *plataforma y base estructural* de un sistema económico que transformará al mundo. A medida que se pongan en práctica estas instrucciones, terminará la explotación de los pobres, empezará a desaparecer la brecha entre ricos y pobres, y se levantará el yugo de la pobreza.

Los verdaderos cristianos son llamados a prepararse para ese futuro (Isaías 30:20-21) y para cambiar el curso de la historia cuando Jesucristo regrese a la Tierra. Es *así* como se va a quitar por fin el yugo de la pobreza, y es *entonces* cuando los oprimidos finalmente quedarán libres. Esta es la buena noticia y la *verdadera esperanza* para el futuro. Si usted se prepara desde ahora, podrá participar de un futuro ¡que *va a dejar la pobreza en la historia!* ■

El Mundo de Mañana
Apartado 234
Santa Ana 2000
Costa Rica

NO PRIORITARIO
NON PRIORITAIRE

Visite nuestro sitio en la red:
www.mundomanana.org

Correo:
viviente@ice.co.cr